

Crítica a la política de consensos

Por Carlos Huneeus, director ejecutivo del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC)

Fecha edición: 15-05-2005

El editorial de **La Tercera** publicado el pasado domingo 8 de mayo sugirió un consenso político entre el gobierno y la oposición para enfrentar las desigualdades de ingreso. Este consenso sería el tercero que tendría el país: el primero hizo posible el establecimiento de la democracia y el segundo, la continuidad del sistema de economía de mercado. Sería posible un nuevo consenso por la similitud de las propuestas hechas por las precandidatas presidenciales de la Concertación y el abanderado de la Alianza en un seminario de Casa Piedra sobre "La desigualdad de oportunidades".

El editorial plantea dos temas. El primero se refiere a las desigualdades y a la manera de enfrentarlas. Los candidatos y numerosos analistas coinciden en calificarlo como un grave problema económico por la enorme distancia entre ricos y pobres. Entre la población, una abrumadora mayoría quiere más igualdad. Esta interpretación ofrece recetas económicas, especialmente tributarias, que son políticamente delicadas. ¿Cuáles son las mejores políticas? ¿Va a aceptar la minoría un recorte de sus ingresos sin oponerse? Si se va a impulsar con seriedad una política para disminuir la distancia de ingresos, eso implica un cambio institucional de envergadura, porque se tendrá que afectar sus causas, que no se encuentran sólo en el sistema económico, sino en las bases de la distribución del poder, es decir, en la política y en la sociedad.

El segundo es la estrategia para impulsar la política de disminución de las desigualdades. ¿Es el consenso el mejor camino? Para responderlo, hay que aclarar primero si acaso existe acuerdo sobre las políticas. Una lectura a los documentos y discursos de los dirigentes de los partidos y sus centros de estudio demuestra que ello no existe y si se busca un acuerdo, se logrará sobre aspectos menores, que no cambiarán la situación.

Hay más argumentos para rechazar el consenso. Este es un método excepcional en la democracia y se usa por un breve período: al comienzo de las transiciones del autoritarismo a la democracia, para establecer sus bases institucionales -como fue en España-, y para enfrentar graves crisis económicas o políticas, como en Alemania en 1966, con la formación de una gran coalición de la Democracia Cristiana y la Social Democracia. Establecida la democracia o controlada la crisis, la política retorna a su ritmo normal.

Es excepcional, porque también tiene efectos negativos para el sistema político. Suspende la competencia política, porque prioriza los acuerdos entre los partidos, debiendo congelar transitoriamente sus discrepancias, lo cual sería un regalo precioso para la debilitada candidatura derechista. Desvanece las diferencias entre el gobierno y la oposición, porque ahora todos estarían en una misma trinchera. Por último, entrega un enorme poder a las elites que negocian los acuerdos.

Sin embargo, hay todavía un problema aún más delicado, referido al contenido del consenso. No existen políticas que beneficien a todos y perjudiquen a ninguno. ¿Quién lo define, es decir, a quién beneficiará y a quién perjudicará? Y aquí el problema de las desigualdades en nuestro país muestra toda su dramática envergadura. Los que tienen más poder e influencia poseen mayor posibilidad de influir en los contenidos de la política del consenso, que los sectores que son débiles o no tienen organización, que son la inmensa mayoría de los chilenos.

La enorme desigualdad de poder entre empresarios y trabajadores hace poco viable una política de consenso en temas económicos, porque los primeros tienen mucho más recursos institucionales para imponer sus intereses por el mayor grado de organización, una altísima cohesión corporativa y su gran unidad social o de clase, como dirían Marx y Weber.

El problema de las desigualdades no es sólo de ingresos. Son las desigualdades de poder e influencia en la sociedad chilena, que son la causa de las diferencias entre ricos y pobres. Si aquellas se mantienen, la "escandalosa" distancia en los ingresos continuará.